

la imagen del fanatismo, de la pasión sincera, del trabajo perseverante. Satirizaba finamente, con la indulgencia y la bondad del genio, el profundo orgullo de Robespierre, el culto religioso que se profesaba á sí mismo, á su persona y sus palabras. «Ese hombre—decía Mirabeau—irá lejos porque cree todo lo que dice.»

La Asamblea, rica en oradores, tenía derecho á mostrarse exigente. Habitada á la figura leonina de Mirabeau, á la audaz suficiencia de Barnave, á la vehemencia de Cazalés y al luchador é insolente Maury, encontraba pesado é irresistible á aquel Robespierre con su cara de indigente y su timidez de medianía. Su constante tensión de músculos y de voz, el esfuerzo monótono de su oratoria y su aire de miope causaban una impresión pesada y fatigosa. Para colmo de males, Robespierre no tenía siquiera el consuelo de ver impresos sus pensamientos. Los periodistas, por antipatía, por negligencia ó tal vez por recomendación de *los amigos*, mutilaban cruelmente sus discursos más bien preparados. Se obstinaban en no saber su nombre, en no publicarlo, y en las reseñas de las sesiones le llamaban siempre *un diputado* ó el Sr. N., ó bien suplían su apellido con tres asteriscos.

Perseguido de este modo Robespierre, aprovechaba todas las ocasiones ávidamente para hacer oír su voz, y esta resolución de hablar siempre y con motivo de cualquier asunto le ponía más en ridículo. Por ejemplo, cuando el americano Paúl Jones se presentó á felicitar á la Asamblea, le contestó el presidente y todo el mundo juzgó suficiente la respuesta. Pero se levantó, obstinándose en contestarle también con el correspondiente discurso. Murmullos, interrupciones y carcajadas acogieron sus primeras palabras. Con gran esfuerzo pudo decir algunas frases insignificantes é inútiles; pero antes de sentarse hizo un llamamiento á las tribunas del público reclamando libertad para sus opiniones y diciendo que se quería ahogar su voz. El abate Maury hizo reír á todo el mundo, pidiendo irónicamente que se imprimiera el discurso de Robespierre por cuenta del Estado.

Para olvidar estas mortificaciones, tan sensibles para su extremada vanidad, Robespierre no tenía ningún consuelo, ni el de las comodidades, ni el de la familia, ni el de los amigos. Estaba solo y era pobre. Se consolaba trabajando en su triste habitación de la calle de Saintouge, en el desierto barrio del Marais. Habitación fría, pobre y casi sin muebles. Vivía con gran estrechez de su salario de diputado, del cual sólo se reservaba la mitad. Una cuarta parte la enviaba á Arras, á su hermana Carlota, para su manutención; la otra cuarta parte la entregaba á una querida, á la que amaba mucho y que no correspondía á su cariño, pues le trataba mal y muchos días le cerraba la puerta, negándose á recibirle (1). Era muy frugal en la comida; su alimentación diaria le costaba unos treinta sueldos, y aún así apenas si podía renovar su ves-

(1) Estos detalles los debo á las memorias de M. Villiers, el cual vivió con Robespierre en 1790 sirviéndole de secretario gratuitamente y á las «Memorias de Carlota Robespierre.»

tuario. Cuando la Asamblea acordó vestir de duelo por la muerte de Franklin, Robespierre se vió en gran embarazo. Por fin encontró un amigo que le prestó un traje de tricó negro; pero era un hombre mucho más alto y Robespierre se presentó en la Asamblea con un traje del que le sobraban más de seis pulgadas.

Sólo encontraba distracción en el trabajo; mas para éste sólo podía disponer de las noches, pasando los días enteros inmóvil y asiduo en los Jacobinos ó en la Asamblea, salas malsanas y de ambiente asfixiante que proporcionaron á Mirabeau graves oftalmias y hemorragias á Robespierre. Teniendo en cuenta las diferencias que se notan en sus retratos, su temperamento debió sufrir una grave alteración. Su rostro, hasta entonces joven y fresco, quedó pálido y enjuto. Una concentración extremada de todas sus facciones, una especie de contracción de los músculos, formó en adelante su fisonomía. No se revelaba en él ninguno de los signos del genio.

Su único placer intelectual consistía en repasar y limar meticulosamente sus discursos, de estilo muy puro, pero completamente incoloros y monótonos: complicaba con este trabajo de retoque la facilidad de su estilo, y poco á poco acabó por escribir con gran dificultad.

Lo que más le sirvió en su carrera política para colocarse por encima de su partido, fué romper con los Lameth, librándose de la cadena de esta equívoca amistad. Una mañana Robespierre fué al palacio de los Lameth y éstos no pudieron ó no quisieron recibirle. Ya no volvió más á visitarles.

Libre de los hombres de los expedientes, se convirtió él en el hombre de los principios.

Su papel fué desde entonces tan simple como importante. Resultó en adelante el gran obstáculo para aquellos hombres que le habían alejado de su lado. Hombres de negocios y de partido, cada vez que intentaban una transacción entre los principios y los intereses, entre el derecho y las circunstancias, tropezaban con el obstáculo que les oponía Robespierre en nombre del derecho abstracto y absoluto. Contra las soluciones de aquellos bastardos, á estilo anglo-sajón y falsamente constitucionales, él presentaba sus teorías, que no eran francesas, sino universales, como tomadas de *El contrato social*, el ideal legislativo de Rousseau y de Mably.

Indignados ellos, se agitaban é intrigaban: Robespierre permanecía inmutable. Se mezclaban ellos en todo, daban soluciones, negociaban inteligencias, se comprometían de todas las maneras: él defendía los principios y nada más. Los otros parecían procuradores: él un filósofo, un sacerdote del derecho. Esta diferencia de conducta forzosamente había de gastar y desacreditar con el tiempo á los enemigos de Robespierre.

Defensor fiel de los principios y siempre protestando en nombre de su pureza, raramente se explicó, sin embargo, sobre su aplicación: no quiso aventurarse en el escabroso terreno de los medios prácticos. Ha-

blaba siempre de *lo que debía hacerse*, pero raramente, muy raramente quiso hablar de *cómo debía hacerse*. Así la política apenas tuvo para él responsabilidades, pues los sucesos no venían á desmentirle ni á demostrar sus errores.

Esta misión de defensor inmutable de las ideas era fácil de cumplir en una Asamblea como aquella que flotaba siempre, avanzaba ó retrocedía, perdiendo de vista á cada momento el principio de la Revolución, aquel principio en cuya virtud existía la misma Asamblea.

¿Cuál era este principio? Ninguno lo formulaba bien, pero muchísimos lo tenían en el corazón. Era el derecho, *no de las cosas* (de las propiedades ó de los fondos), *sino el derecho de los hombres*: el derecho igual para todas las almas humanas, principio esencialmente espiritualista. Este principio fué seguido en las primeras elecciones: todos, propietarios y no propietarios, votaron igualmente. La Declaración de los Derechos del hombre reconocía la igualdad de los hombres, y todo el mundo comprendió que esto equivalía al derecho igual para todos los ciudadanos.

Pero en Octubre del 89 la Asamblea no reconoció derecho electoral más que á los que pagaran como contribución el valor de tres jornales. De seis millones de ciudadanos que dieron su voto con el sufragio universal, los electores quedaron reducidos á cuatro millones. La Asamblea, restringiendo el sufragio, quería librarse de dos enemigos opuestos: la demagogia de las ciudades y la influencia aristocrática en los campos.

Temía que votasen los doscientos mil mendigos que había sólo en París, sin contar otras ciudades y el millón de campesinos que dependían de los señores.

La Asamblea se equivocaba. Las campañas que creía sumidas en el servilismo, se mostraban muy al contrario, generalmente revolucionarias. Casi en todas partes los campesinos se habían abrazado á las legítimas esperanzas que hacía concebir el nuevo orden de cosas. Con las federaciones las aldeas se habían casado en masa unas con otras, indicando que no separaban las ideas de orden y paz de la libertad.

Era inmensa la fe de este pueblo: por esto resultaba injusto no tener fe en él. Necesitábase un gran caudal de faltas, errores é infidelidades para anular en él ese sentimiento de fe que tenía en la Revolución. El pueblo creía en todo, en las ideas y en los hombres, y se esforzaba siempre por encarnar las unas en los otros. Un día le parecía que la Revolución residía en Mirabeau, al día siguiente en Bailly ó Lafayette. Hasta las figuras secas é ingratas de los Lameth y de Barnave le inspiraban confianza. Engañado siempre, seguía, sin embargo, adelante con sus ídolos, obstinado en creer.

Los corazones estaban perpetuamente abiertos; el alma popular se había agigantado. Jamás se ha conocido transformación más rápida. La encantadora Circé convertía los hombres en bestias: la Revolución hizo lo contrario.

Aunque los hombres estaban poco preparados para tal transformación, el rápido instinto de la Francia suplió la falta. Una muchedumbre de hombres ignorantes comprendía todos los asuntos públicos.

Decir á estas masas ardorosas, inteligentes y enérgicas que votaron en 1789 que ya no tendrían en adelante este derecho, reservar el nombre de ciudadanos *activos* á los electores, haciendo descender á los no electores á la categoría de ciudadanos *pasivos*, de ciudadanos no ciudadanos, resultaba como una especie de contrarrevolución.

Más extraño resultaba aún decir á los electores reunidos:—«Sólo podréis elegir á los ricos.» Únicamente podían ser elegidos diputados los que pagasen 54 libras de contribución.

Las discusiones empeñadas que provocó esta reforma dieron motivo á los constitucionales y á los economistas para desarrollar descaradamente sus doctrinas materialistas y groseras sobre el derecho de la propiedad. Algunos economistas llegaron hasta á sostener que únicamente los propietarios son miembros de la sociedad y que ésta reside en ellos.

A pesar de la restricción, el ejercicio de los derechos políticos estaba confiado aún á muchos ciudadanos, pues los jueces, asesores y administradores creados por la Asamblea, que ascendían á 1.300.000, figuraban también en los ciudadanos *activos*.

El intento de la Asamblea aún fué más lejos, pues ensayó el restringir la Guardia Nacional, no dejando figurar en ella más que á los *activos*, con lo cual se desarmaba al pueblo victorioso que acababa de hacer la Revolución.

Esta desconfianza en el pueblo, este materialismo burgués que sólo veía en la propiedad una garantía del orden, obtuvo cada día más partidarios en la Asamblea Constituyente. A cada revuelta sin importancia, eran más defendidos estos procedimientos restrictivos. Sieyes, Tohuret, Chapelier, Rabaut de Saint-Etienne fueron retrocediendo y olvidando sus antecedentes revolucionarios. Lo que es más extraño aún; algunos que daban la orden para la revuelta y el motín los dirigían, como Duport, Lameth y Barnave; después como diputados votaban con el mayor descaro leyes encaminadas á desarmar aquel mismo pueblo que ellos agitaban desde la sala de los Jacobinos.

La situación de estos tres hombres fué singularmente doble y engañadora durante todo el año 90. Su popularidad había llegado al apogeo, por la lucha que sostuvieron contra Mirabeau, en la gran circunstancia de discutirse el derecho del rey á resolver la paz y la guerra. Y en el fondo sus opiniones y las de Mirabeau no diferían gran cosa. Los unos y el otro eran lo mismo: realistas.

Lo que les impulsaba á combatir á Mirabeau, además del ansia de popularidad, eran los celos. Mirabeau, por su parte, les despreciaba. Al único hombre que odió hasta el último día de su vida fué á Alejandro Lameth.

Si los Lameth, Duport y Barnave, por su afán de transigir y estar

bien con todos intentaban aproximarse á Mirabeau, sabían que inmediatamente le dejaban el puesto libre á Robespierre, el cual se haría dueño de los Jacobinos.

Les pesaba figurar en la vanguardia de la Revolución, pero no querían ceder el puesto á Robespierre. En esta lucha sosteníase su popularidad, empleando todos los medios de la intriga.

En esto sobrevinieron los sucesos de Nancy. Votaron ellos con Mirabeau en favor de Bouillé y Lafayette y en contra de los soldados que la sociedad jacobina, de la que ellos eran inspiradores, había excitado, impulsándoles á la sublevación.

La Asamblea, bajo esta influencia retrógrada más ó menos francamente, votó el 6 de Septiembre una ley ordenando que durante dos años no se celebraran Asambleas primarias y que los electores nombrados anteriormente por los electores primarios fueran los únicos que durante estos dos años ejerciesen el poder electoral.

Los Lameth estaban arrepentidos de haber votado, por odio á Mirabeau, el decreto que prohibía á los diputados el ser ministros. Creían ellos indudable que en las nuevas circunstancias un cambio ministerial pondría el poder en sus manos ó las de sus amigos. Por esto insistieron vivamente en que la Asamblea rogase al rey que despidiera á sus ministros; pero la Asamblea, contra lo que ellos esperaban, se opuso á ello, y Camus, Chapelier y doscientos diputados de la izquierda, votaron por la negativa.

Entonces creyeron oportuno provocar un gran movimiento de las secciones de París que pidieran no sólo la caída de los ministros, sino su procesamiento. Esta petición fué presentada á la Asamblea por medio de un abogado, casi desconocido entonces, que se llamaba Danton: la primera aparición de esta cabeza de Medusa revelaba en él al hombre que no había de retroceder delante de ningún medio de terror.

La corte, que en esta época cifraba todas sus esperanzas en los excesos de los exaltados y tenía gran interés en demostrar á los ojos de Europa, para obtener mejor su auxilio, que la monarquía estaba anulada en Francia, quería que el rey entregase á la Asamblea el derecho de elegir ella misma los ministros. Mirabeau, que veía el peligro, se opuso violentamente, fundándose en el mismo decreto que impedía á los diputados ser ministros.

El triunvirato se convenció de que no lograría nunca que la corte le diese el poder.

Los Lameth, educados en Versalles y protegidos por el rey en su juventud, sabían que por su ingratitud eran objeto de un odio personal en toda la corte. Esto les obligó á hacer un cambio muy grave y que indicaba su definitivo alejamiento de Luis XVI: se hicieron partidarios del duque de Orleans.

El 30 de Octubre los obispos publicaron una *Exposición de principios*, manifiesto de resistencia escrito en estilo amenazante y que esta-

blecía una especie de terror eclesiástico para intimidar á todo el clero inferior amigo de la Revolución. Al día siguiente los jacobinos, como en represalias, decidieron crear un diario consagrado á publicar en extractos la correspondencia que la sociedad central sostenía con las sociedades de los departamentos; publicación formidable que iba á lanzar en plena luz una masa enorme de acusaciones contra el alto clero y los nobles. Un diario de tal clase, que iba á designar á tantos hombres al odio del pueblo y tal vez á la muerte, resultaba en la realidad una magistratura terrible. El hombre que debía escoger y extractar en este inmenso cúmulo de cartas los nombres y los hechos dignos de publicación iba á estar investido de un extraño y nuevo poder que podía titularse la dictadura de la delación.

Los altos directores de los Jacobinos eran aún en esta época Dupont, Barnave y Lameth. ¿Quién fué el grave censor, el hombre irreprochable y puro á quien confiaron tan inmenso poder? ¿Quién lo creería? El autor de *Las relaciones peligrosas*, el agente conocido del duque de Orleans, el famoso Choderlos de Laclos. Era este mismo el que á la sombra del Palais Royal y á la puerta de su amo el duque publicaba todas las semanas un resumen de acusaciones con el título poco exacto de *Diario de los amigos de la Constitución*. Digo poco exacto porque no daba ninguna noticia de los debates de la sociedad de París, como si quisiera hacer de esto un misterio, é insertaba únicamente las cartas recibidas de las sociedades de provincias, llenas de acusaciones colectivas y anónimas. A esto añadía Laclos algún artículo insignificante defendiendo cautelosamente al partido orleanista, de modo que durante siete meses, desde Noviembre á Junio, el orleanismo recorrió la Francia, oculto bajo la bandera respetada de la sociedad jacobina. Esta gran máquina popular, apartada de sus verdaderas funciones, trabajaba sin saberlo en provecho de un Orleans que soñaba con ser rey. Es indudable que los directores de los Jacobinos no hubieran tolerado esta extraña transacción, á no ser porque resultaban indispensables los socorros pecuniarios de los orleanistas para los movimientos que organizaba en París. La corte, que siempre conocía las cosas demasiado tarde, comenzó á lamentarse de no haber sabido atraerse oportunamente á estos hombres peligrosos. Queriendo remediar su descuido, se dirigió en Diciembre del 90 á Barnave, halagando su vanidad, de todos conocida; después á Lameth, en Abril del 91. Pidió consejos á Barnave como los había pedido á Mirabeau, á Bergasse y á todo el mundo; pero á todo el mundo engañaba ella, no escuchando más que á Breteuil, el realista furibundo, el consejero de la huida, de la guerra civil y de la venganza.

El pueblo no estaba en el secreto de todas estas intrigas villanas. Mas por instinto las adivinaba. De cualquier lado que se volviera no veía nada seguro, ningún hombre que le inspirara confianza. Desde las tribunas de la Asamblea y desde las de los Jacobinos, miraba y buscaba